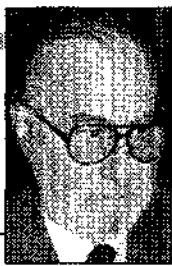


El «culín» de la concordia (y II)

LADISLAO DE ARRIBA



Los lagareros opinan que con la subida acordada por los chigreros en miniasamblea (porque no estaban todos los que son) el margen (precio de venta-precio de coste) alcanza las 200 pesetas. ¡Sustancioso margen, vive Dios!

También alegan que unificando el precio de venta al público igual se paga por un buen caldo, por un «vinagre» o por una nauseabunda «puxarra». Creen que la calidad ha de ser resaltada en el precio. ¿Acaso —dicen— se paga lo mismo por una botella de Vega Sicilia que por un brick de Don Simón?

Los menos beneficiados en esta guerra tal vez sean los

cosecheros. Apenas rascan bola en esta conjura contra el consumidor. Los agricultores, que venden la materia prima a los llagareros, se han ido abandonando pomológicamente hablando. Los «sidrerúrgicos» que decía Alfonso Iglesias, mayan con manzanas gallegas, del Reyno de León o de la mismísima Polonia (de donde también viene el carbón para las térmicas) porque las manzanas autóctonas escasean. Los frutereros se encuentran con que también faltan manzanas de mesa y las compran en Lérica o Almería.

No es nada nuevo el problema. Si nos remontamos al principio de los siglos veremos que

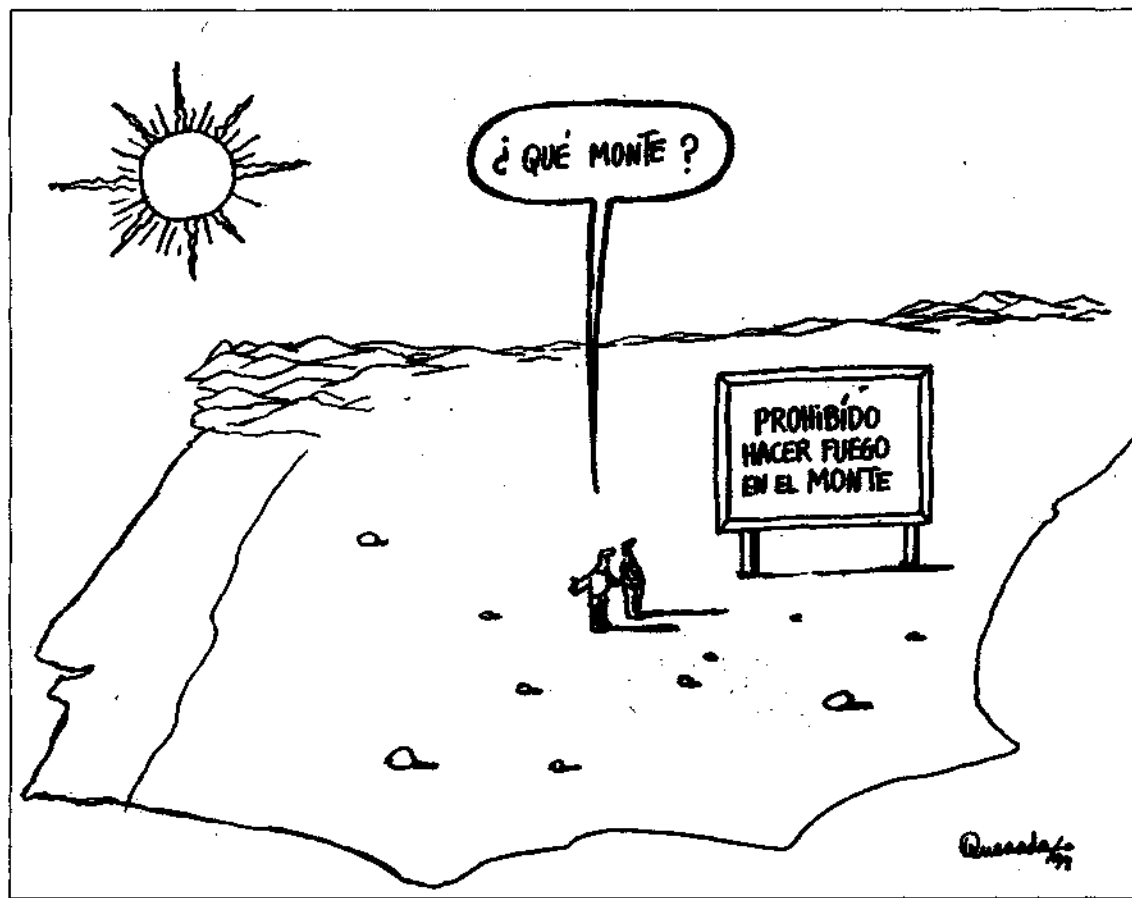
Eva nombró proveedor de «pomas» para la despensa del Edén a un serpiente.

El consumidor, el sidrero o bebedor de sidra serán en definitiva los perdedores en esta incruenta guerra. Como siempre.

Por eso pido precios liberalizados, mercado libre, materia prima asturiana, prohibición de importar «fiiso» y «peruyes» de otras latitudes.

Que lo bueno se pague a su justiprecio. Y, lo malo, ni se pague. Hago votos porque impere el sentido común y haya concordia, rubricando estos deseos con un «culín». Bien «calcáu», que ando tan «secañosu» como la huerta murciana.

Quesada



Entre paréntesis

El consenso

LUIS MEANA

Lo mismo que Egipto legó al mundo la momia de Tutankhamon, la transición española nos legó la momia del consenso. Un país que no deja momia alguna es que no es nada. Hasta el franquismo dejó sus momias: el brazo incorrupto de Santa Teresa y un difunto sepultado bajo doscientas toneladas de mármol de Carrara para evitar evaporaciones. Nosotros, hijos entre póstumos y prematuros de la posmodernidad, dejamos momias más espirituales y sofisticadas, sin cintas y sin vendas, que, en vez de estar metidas en un bello sarcófago, nos dejan depositadas en un chip ultramoderno del cerebro,

La transición nos dejó la momia del consenso. Un país que no deja momia alguna es que no es nada

de donde saltan como pulgas a la perrera política y de ahí pasan, ocultas entre la pelambra de esos perros, al Parlamento, al Ministerio de Justicia y de Interior, y demás instituciones del Estado, por la sencilla razón de que las momias buscan siempre el museo porque allí es donde están más frescas. Eso es, precisamente, lo que pasa últimamente con la momia del consenso, que está cada vez más presente en las instituciones museísticas del Estado. Por el consenso están fuertemente preocupados tanto sirios como troyanos, sobre todo los troyanos, o sea, los que inventaron el caballo de Troya de las excarcelaciones, una especie de galería oculta que le han perforado calladamente unos sesudos especialistas al Código Penal y por la que es posible salir de la cárcel

ya casi antes de haber entrado. Está muy bien el consenso, pero el fundamento primero de la democracia no es el consenso, sino el disenso, o sea, más el exceso de competencia que su falta. Esto del consenso se está convirtiendo, poco a poco, en el himen virginal o coño de la Bernarda de esta democracia, con la que todos se lo han hecho sin miramientos, pero a la que todos quieren mantener en su apariencia de virgen intacta, a pesar de que la supuesta virgen sangra por sus

genitales como un cerdo. Mientras ninguno de esos cantores del consenso ha tenido remilgo alguno en toquetear, hasta la desvergüenza, los vaginales

más sagrados del Estado, todos se ponen ahora muy estrechos en que no se toque el consenso, lo que, en última instancia, viene a ser como querer convertir a la democracia en una especie de sucursal de Tabacalera, o sea, en un semimonopolio. Que, en el fondo, es el sueño que tienen todos estos hacedores de lluvias y de ingenios en su sucio cerebro político: un monstruo que tenga alma de PRI y aspecto físico de democracia perfecta. Así, que mejor se dejan de hablar de consenso mejor dejan de hacerle puentes, caminos y canales al Código Penal, que lo están dejando como un queso de Gruyère, y cumplen a rajatabla su deber primero: no trampear la esencia del Estado democrático, que no es, precisamente, el consenso, sino la polémica.

Regímenes y ganadería

ALBERTO FERNÁNDEZ

Carmen Sevilla está a punto de sorprendernos a todos. Eso de ver tantos cuerpos esculturales y bronceados arrojados por vestiditos mínimos y tacones que rozan las barras de los bares hizo que la cantante-actriz-presentadora-esposamadre destinase parte del bien alimentado cheque de su amigo del alma Lazarov a la Clínica Buchinger, uno de esos sitios en los que martirizan al personal con dietas a base de agua y consomé de perejil. Los resultados, por ahora, son desconocidos. Carmen, dice, ha hecho tal sacrificio por su amadísimo

Vicente Patuel (aunque también se lo agradecerán, sin duda, los encargados de que la plataforma del popular «Telecupón» no se derrumbe mientras su presentadora se empeña en regalar una hermosa bicicleta a un «niño» de 37 años...). Otra que debería seguir los pasos de su amiga de escenarios y serenatas es la temperamental Rocío Jurado. Mientras ultima los preparativos para su próxima boda, su novio, el torero Ortega Cano, asegura que «mis hijos con Rocío serán de muy buena ganadería; un cruce excelente entre cantante y torero». No lo dudo, pero si tenemos que remi-

tarnos al pasado, no hay más que acordarnos del insoportable «Paquirrín», también buena ganadería si de orígenes se trata, o de Concha Márquez Piquer. Juzguen ustedes mismos...

El que no tiene problemas de kilos, ni de ganaderías, es Raphael. Tal como le enseñó su madre, el escandaloso cantante toma cada mañana un gran vaso de agua con vinagre, añadiéndole un poco de bicarbonato de vez en cuando. Tal pócima, asegura el cantante, es «un magnífico diurético y un tónico estomacal de primer orden». Buena definición, sí señor, aunque no

creo yo que tanto verbo sirva para extender la costumbre.

Sinceramente, prefiero un café con leche. Y mientras los tocados por la fama se dedican a adelgazar, engordar, dormir y beber extraños mejunjes, el resto de España continúa su goce estival. San Sebastián se despide, con lágrimas en los ojos y rabieta de impotencia, de su querida semana grande.

Y para ello, nada mejor que darle sabor andaluz, eso sí, hermanado con el vasco, agotado tras siete días y siete noches de desmelene. Al otro lado de la Península, el Puerto de Santa María, como cada año, ha sido

literalmente tomado por los jóvenes veraneantes que noche tras noche abarrotan bares y terrazas hasta altas horas de la madrugada.

Los gaditanos y visitantes ven como, entre chupito y chupito, entre sevillana y un poco de bakalao, el día siguiente se les viene encima sin que apenas se den cuenta.

El régimen que siguen, muy lejos de esos consomes de perejil, se centra en el mejor antídoto contra el equilibrio. Pero ellos, encantados de la vida como la Velasco, continúan la marcha... hasta que el cuerpo aguante.